

león no ha dicho nada sobre este punto. Murat dejó sólo su correspondencia; el general Savary, sus Memorias inexactas (contradichas por su propia correspondencia); Mr. de Laforest me escribió á mí mismo diciéndome que no sabía nada; el príncipe de Cambaceres dijo en sus Memorias lo mismo; los condes de Tournón y de Lobau no legaron más que su correspondencia, la cual he tenido; y el señor Izquierdo dejó sólo algunas cartas que leí en el archivo de la secretaría de Estado. Deduzco, pues, que no se sabrá más en lo futuro, y que la verdad es la siguiente:

Napoleón no pensó en la invasión de España, como plan resuelto, hasta después de Tilsit, y no antes.

Después de Tilsit, y anteriormente á lo de Copenhague, sólo pensó en cerrar las puertas de Portugal á la Gran Bretaña.

Después de Copenhague, y como la guerra se prolongara á porfía, quiso aprovechar esta circunstancia para concluir en el Mediodía de Europa.

Deséó primero repartir el Portugal con España; y habiéndole provocado á ello los acontecimientos del Escorial, quiso intervenir de pronto á viva fuerza en los asuntos de España.

El perdón del príncipe de Asturias le hizo aplazar momentáneamente sus proyectos.

En Italia y París fluctuó entre diversos planes, un enlace, una repartición de territorio y las colonias, y un destronamiento.

Lo que prueba esto es el misterio de las órdenes, la acumulación extraordinaria de tropas, la concesión á Rusia para repartir el imperio Otomano, cosas inútiles todas, que no eran necesarias para un proyecto secundario, como el casamiento y la toma de una ó dos provincias.

Por último, una vez fijado sobre el destronamiento, quiso producir sin choque la fuga á Andalucía, impidiendo las consecuencias en las colonias por medio del arresto de la familia real en las aguas de Cádiz.

He aquí, en mi concepto, la pura verdad dicha imparcialmente, y tal como resulta de los documentos auténticos, únicos que la posteridad puede esperar.

Sólo queda ya una duda y es la que podría ocasionar una carta procedente de Santa Elena, con fecha 29 de marzo, dirigida á Murat, y censurando toda su conducta. La discutiré y aclararé en la nota siguiente.

DOCUMENTO Á QUE SE HACE REFERENCIA EN LA NOTA DE LA PÁGINA 372

«29 de marzo de 1808.

»Señor gran duque de Berg:

»Temo que me engañáis sobre la situación de España, engañándoos vos mismo: el acontecimiento del 19 de marzo ha complicado singularmente los sucesos, y estoy muy perplejo. No os parezca que atacáis á una nación desarmada, y que baste presentar tropas para someter á España. La revolución del 20 de marzo prueba que hay energía en los españoles. Tenéis que habéroselas con un pueblo nuevo; tiene todo el valor, y tendrá todo el entusiasmo propio de hombres que no han gastado las pasiones políticas.

»La aristocracia y el clero son los dueños de España; si temen por sus privilegios y por su existencia, harán levas en masa para combatirnos, lo cual podrá eternizar la guerra. Tengo partidarios: si me presento como conquistador, no contaré ya con ninguno.

»El príncipe de la Paz es aborrecido, porque se le acusa de haber entregado España á Francia; he aquí la queja que ha servido de pretexto para la usurpación de Fernando: el partido popular es el más débil.

»El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades necesarias en el jefe de una nación, lo cual no impedirá que para oponérnosle hagan de él un héroe. No quiero que se apele á la violencia contra los personajes de esa familia; nunca es bueno hacerse aborrecible y ensañar los odios. España tiene más de cien mil hombres sobre las armas, más de lo necesario para sostener con ventaja una guerra interior; distribuidos en varios puntos, pueden servir de núcleo para el levantamiento total de la monarquía.

»Os presento el conjunto de los obstáculos inevitables; otros hay que os daré á conocer.

»Inglaterra no dejará escapar la ocasión de multiplicar nuestros apuros: diariamente expide buques á las fuerzas que tiene en las costas de Portugal y en el Mediterráneo, y hace alistamientos de sicilianos y portugueses.

»Como la familia real no ha salido de España para ir á establecerse en las Indias, sólo una revolución puede cambiar el estado de ese país, que es tal vez en Europa el menos preparado para ello. Los hombres que ven los vicios monstruosos de ese gobierno, y la anarquía que ha substituído á la autoridad legal, figuran en reducido número; los más se aprovechan de esos vicios y de esa anarquía.

»En interés de mi imperio puedo hacer mucho bien á España. ¿Cuáles son los mejores medios que se pueden adoptar?

»¿Iré á Madrid? ¿Ejerceré el acto de un gran protectorado, pronunciando entre el padre y el hijo? Difícil me parece conseguir que reine Carlos IV: su gobierno y el favorito han perdido de tal modo su popularidad, que no se sostendrían tres meses.

»Fernando es enemigo de Francia, y por eso le han hecho rey: colocarle en el trono será servir á las facciones que hace veinticinco años desean el aniquilamiento de Francia. Una alianza de familia sería débil lazo: la reina Isabel y otras princesas francesas perecieron de una manera miserable cuando se pudo inocularlas impunemente para satisfacer atroces venganzas. Pienso que no se debe precipitar nada; que conviene aconsejarse en los acontecimientos futuros... Será preciso reforzar los cuerpos de ejército que se mantendrán en las fronteras de Portugal, y esperar.

»No apruebo el partido que adoptó V. A. I. de apoderarse tan precipitadamente de Madrid; era preciso tener el ejército á diez leguas de la capital. No estabais seguro de que el pueblo y la magistratura iban á reconocer á Fernando sin discusión. El príncipe de la Paz debe tener partidarios entre los empleados públicos; y además se profesa al anciano rey un afecto arraigado que podría tener consecuencias. Vuestra entrada en Madrid, inquietando á los españoles, ha servido poderosamente á Fernando. He dado á Savary orden de

acercarse al anciano rey para ver lo que pasa; se concertará con V. A. I., y yo veré después qué partido conviene adoptar. Entretanto, he aquí lo que juzgo conveniente prescribiros. No me comprometeréis á celebrar una entrevista con Fernando, en España, si no juzgáis la situación de las cosas tal, que deba reconocerle como rey de España. Tened atenciones con el rey, la reina y el príncipe de Godoy; exigiréis para ellos y les dispensaréis los mismos honores que otras veces, procediendo de modo que los españoles no puedan sospechar qué partido tomaré. Esto no os será difícil, pues ni yo mismo lo sé aún.

»Dad á entender á la nobleza y al clero que, si Francia debiere intervenir en los asuntos de España, se respetarán sus privilegios é inmunidades. Les diréis que el emperador desea el perfeccionamiento de las instituciones políticas de España, para ponerla en armonía con el estado de la civilización de Europa, substraéndola del régimen de los favoritos... Manifestad á los magistrados, á la clase media de las ciudades, y á las personas ilustradas, que España necesita reconstruir la máquina de su gobierno; que necesita leyes para preservar á los ciudadanos de la arbitrariedad y usurpaciones del feudalismo, instituciones que reanimen la industria, la agricultura y las artes. Les pintaréis el estado de tranquilidad y bienestar de que disfruta Francia á pesar de las guerras por que ha pasado, y el esplendor de la religión, la cual debe su restablecimiento al concordato que firmé con el Papa. Demostraréis las ventajas que pueden resultar de una regeneración política: el orden y la paz en el interior; la consideración y el poderío en el exterior. Tal debe ser el espíritu de vuestros discursos y escritos. No os precipitéis en vuestras medidas. Yo puedo esperar en Bayona, puedo pasar los Pirineos; y fortificándome hacia Portugal, conducir la guerra por esa parte.

»Miraré por vuestros intereses particulares; no os ocupéis de ellos... El Portugal quedará á mi disposición... Que no os distraiga ningún proyecto personal ni dirija vuestra conducta; esto me molestaría y más aún á vos que á mí. Vais demasiado aprisa con vuestras instrucciones del 14: la marcha que prescribís al general Dupont es por demás rápida; á causa del acontecimiento del 19 de marzo se deben hacer algunos cambios. Adoptaréis nuevas medidas, recibiendo instrucciones de mi ministro de Negocios extranjeros. Exijo que la disciplina se conserve del modo más severo: no haya perdón ni por las más ligeras faltas. Con los habitantes se tendrán las mayores consideraciones, respetando sobre todo las iglesias y conventos.

»El ejército evitará todo choque, bien sea con los cuerpos del de España ó con los destacamentos: es preciso que no se queme un cartucho ni de una parte ni de otra.

»Dejad á Solano pasar de Badajoz, haciendo que le observen; indicad vos mismo las marchas de mi ejército, para tenerle siempre á la distancia de varias leguas de los cuerpos españoles. Si se encendiese la guerra, todo se habría perdido.

»A la política y á las negociaciones corresponde decidir de los destinos de España. Os recomiendo evitar explicaciones con Solano, así como con los otros generales y gobernadores españoles.

»Me enviaréis dos correos diarios; y en caso de acontecimientos mayores, despachad oficiales y ordenanzas. Que vuelva al punto el chambelán Tournón, portador de la presente, á quien daréis un informe detallado. Sin más, etc.

Firmado: NAPOLEÓN.»

Antes de hablar de la autenticidad de esta carta, debo decir dos palabras acerca de la importancia que se trata de darla. Quiérese ver la prueba de que Napoleón no aprobó nada de cuanto se hizo en España; que todo se ejecutó sin saberlo él y á pesar suyo, por la imprudencia ligereza de Murat, por su impaciente ambición. Esto es una inducción muy falsa, pues la víspera del día en que se escribió esta carta, al día siguiente, y después, Napoleón escribió una larga serie de cartas, ordenando á Murat, punto por punto, todo cuanto se ejecutó; y cuando éste, inspirado por los acontecimientos, hizo alguna cosa de por sí, vió después que Napoleón le ordenaba las mismas cosas desde París ó Bayona. Si Murat, por ejemplo, entró en Madrid el 23, recibía orden formal de hacerlo uno ó dos días antes. Se hace, pues, una falsa deducción cuando se quiere utilizar esta carta para eximir á Napoleón de la responsabilidad de los acontecimientos de España, haciéndola recaer sobre Murat. No es ni puede ser sino una inconsecuencia del momento, en medio de la conducta más sostenida, más tenaz y perseverante, inconsecuencia, es verdad, llena de genio, pues no se podía prever de una manera más extraordinaria lo que sucedió después; pero siempre inconsecuencia, pues por un momento Napoleón dejó de querer lo que deseaba la víspera; lo que deseó al día siguiente, y pudo parecer iluminado por una luz sobrenatural que le revelaba todo el porvenir. Esta inconsecuencia por lo pronto inverosímil, no ofrece, pues, interés alguno para justificar á Napoleón; pero sí mucho para la historia del espíritu humano, porque nos preguntamos con curiosidad cómo es que uno de los genios más firmes y resueltos que han existido en el mundo ha podido, en un corto intervalo de tiempo, ver las cosas bajo la fase más contraria, desear un resultado muy distinto del que ambicionaba un momento antes y del que apeteció un instante después. No obstante, cuando se conoce el corazón humano, y sobre todo cuando se aprende á conocerle en las grandes cuestiones, hartos se sabe que las más poderosas voluntades están sujetas á este vaivén de los acontecimientos, y que las más grandes resoluciones han estado con frecuencia á punto de no llevarse á cabo. Tal ó cual victoria, cuyo recuerdo es inmortal, faltó muy poco para que no se obtuviera, pues la más ligera circunstancia pudo impedirla. La inconsecuencia, por lo tanto, es muy vulgar, porque los más elevados espíritus, los más grandes caracteres mudan de parecer antes de resolverse. La carta en cuestión prueba particularmente de una manera notable hasta qué punto Napoleón sabía ver el lado contrario de las resoluciones que adoptaba, y de qué extraordinaria previsión estaba dotado, así como también de cuán poco peso era ésta cuando le arrebatában sus pasiones. He tenido, pues, un interés filosófico en buscar lo que debía opinarse de la autenticidad de esta carta, y he aquí cuántos han sido mis pareceres antes de resolverme definitivamente por la afirmativa.

A primera vista, la carta es tan admirable por su pensamiento y lenguaje, que no se duda que sea del mismo Napoleón. Él es, en efecto, el único que ha escrito con ese tono sobre los grandes asuntos políticos y militares, y ha producido el mismo efecto en todos los escritores que se ocuparon hasta aquí de Napoleón; pero estos escritores, no conociendo nada, ó muy poco, de los verdaderos documentos, no han podido, como yo, echar de ver las contradicciones que ofrece con otros datos históricos del todo positivos, ni se tomaron el trabajo de discutir su autenticidad. En cuanto á mí, parecióme ver razones para poner en duda la autenticidad, razones tan graves, que no sé si á los ojos de los verdaderos críticos conseguiré refutarlas.

Así, pues, por lo pronto, esta carta se halla en abierta contradicción con todo lo que precede y lo que sigue. Los unos le dan la fecha del 27 de marzo, y los otros del 29 (la verdadera fecha, como se verá, no puede ser sino el 29). Pues bien; hay cartas de Napoleón del 27 y del 30 que dicen absolutamente lo contrario, es decir, que aprueban á Murat en todo; y no sólo le aprueban, sino que prescriben la entrada en Madrid, y el plan por medio del cual se apoderará de toda la familia real de España. Esta carta es, en fin, en una inmensa correspondencia, la única en su género que esté en oposición con la conducta observada por Murat y ordenada por Napoleón.

En segundo lugar, mientras todas las cartas de Napoleón se conservan en la secretaría de Estado, ésta no se halla allí. A decir verdad, esto no es una prueba absoluta, pues de las cuarenta mil cartas del emperador, acá y allá faltan algunas, y la de que hablamos podría ser del número, infinitamente pequeño, de aquellas cuya minuta no se conserva; tal vez no lleguen á ciento, entre cuarenta mil, las que se hallan en este caso. Aun hay más: una carta del emperador, cuyo extracto copio, enumera todas las que se han escrito en aquellos días, y no cita la de que se trata. Llegado á Burdeos, y recordando, una después de otra, las cartas que ha dirigido sucesivamente á Murat, le dice: *A media noche recibo vuestra carta del 3, por la cual veo que habéis recibido la mía del 27 de marzo. La del 30, y la llegada de Savary, que ya debe estar ahí, os habrán dado á conocer mejor aún mis intenciones. El general Reille marcha al punto para presentarse á vos...* Vemos, pues, que no se dice una palabra de la carta del 29. ¿Cómo imaginar que no la citase si la hubiera escrito, sobre todo una carta que contradecía todo cuanto mandó el 27 y el 30? Cuando menos debía hacer mención de ella, declarando que era preciso considerarla como nula.

Pero la falta de esta minuta en la secretaría de Estado adquiere una significación mayor por otra circunstancia, que es la siguiente. La muy voluminosa correspondencia de Murat, sin la cual no se pueden conocer y referir los acontecimientos de España, está toda ella en la secretaría de Estado, y contiene la contestación más exacta y minuciosa á las menores cartas del emperador. Podría decirse que con esta correspondencia se tiene la pregunta y la respuesta en todos los puntos. Pues bien: no hay una sola carta de Murat en respuesta á la de que hablamos, tan importante, tan grave, tan contraria á todo lo que se le había prescrito. En esa correspondencia Murat parece sentir con suma viveza

las más ligeras censuras del emperador. ¡Cómo no había de decir nada de una carta tan gravemente desaprobadora, tan diferente, sobre todo, de lo que había precedido y seguido! Esto es evidentemente imposible. No se puede conservar ya duda cuando se añade que en 4 de abril, á las once de la noche, Murat dice: *Mr. de Tournón ha llegado esta tarde, y encontrará el alojamiento de V. M. preparado.* Murat no añade: «Me ha entregado vuestra...» etc. Es evidente que Mr. de Tournón no le dió nada, y sobre todo nada tan grave como la carta en cuestión: Creo, pues, que ésta no fué entregada, lo cual no prueba, sin embargo, que no se escribiera, según voy á demostrarlo ahora.

La contradicción que implica esta carta con todo lo que precede y sigue, su no existencia en el archivo de la secretaría de Estado, y el silencio de Napoleón y de Murat sobre este punto, me han hecho dudar de su autenticidad, demostrándome por lo menos que no había sido entregada.

He aquí ahora cómo se ha restablecido su autenticidad á mis ojos, y cómo he llegado á creer que había sido escrita y no entregada. No puedo dudar que sea de Napoleón; cada vez que la he leído, y lo he hecho veinte veces, me he persuadido más de ello. Los falsificadores podrán imitar el estilo, mas no el pensamiento; y sobre todo, habría sido necesario que se hallaran en medio de los acontecimientos para poder hablar con tanta precisión de la marcha del general Savary, de la comisión confiada á Mr. Tournón, y de otras particularidades de la misma naturaleza de que está llena esta carta. Hay en particular un detalle que la comunica, á mis ojos, su completa autenticidad, y es el siguiente: Napoleón dice á Murat: *Vais demasiado aprisa con vuestras instrucciones del 14 al general Dupont.* Ahora bien; existen, en efecto, instrucciones del 14 al general Dupont, y merecen muy bien la censura que merecen á Napoleón, desde el punto de vista en que él se colocaba en aquel momento, pues haciendo adelantar demasiado pronto al general Dupont, Murat dejaba la retaguardia del ejército expuesta á las tentativas del general español Taranco, llamado de Portugal por orden del príncipe de la Paz. Los falsificadores no podían saber, pues, este detalle, imposible de conocer sin haber leído minuciosamente las órdenes militares de Napoleón. Añadiré que este detalle prueba también que el falsificador no podía ser el mismo emperador, que tratara de confeccionar en Santa Elena una carta para justificarse de la más grave falta de su reinado, pues prescindiendo de que tenía demasiado orgullo para obrar así, no habiendo querido sincerarse por la mentira de la muerte del duque de Enghien, era imposible que inventase aquella circunstancia de las órdenes del 14, atendido que no tenía en Santa Elena los documentos de la secretaría de Estado. Por lo que escribí en aquella isla tengo la prueba de que, sin querer mentir, se engañaba respecto á las fechas y los hechos cuando no tenía los documentos á la vista. Las mejores memorias están expuestas á estos errores, y lo he observado á menudo al comparar los escritos contemporáneos con las correspondencias de sus autores.

La carta, prescindiendo de su estilo, lleva, pues, en sí la prueba de su autenticidad; pero ¿cómo explicar entonces la contradicción de esta carta con lo que precede

y lo que sigue, y sobre todo el silencio de Murat, que ni aún acusa recibo? He aquí de qué modo he conseguido dilucidarlo.

En la secretaría de Estado encontré la correspondencia de Mr. de Tournón, y he visto que de todos los agentes franceses él era el único que había censurado la empresa de España, suplicando al emperador que suspendiera toda resolución hasta haber visto el país por sus propios ojos. He leído además la correspondencia de Murat, de la que resulta que éste, el general Grouchy y otros, se rieron mucho en Somosierra de los sombríos terrores de Mr. de Tournón; y también he visto que se hacían en ella vivas instancias para que Napoleón no resolviese nada por lo que le dijera Mr. de Tournón. Asimismo he hallado en la correspondencia de éste la prueba de que permaneció hasta la noche del 24 en Burgos esperando al emperador con impaciencia, estando auténticamente probado que llegó á París algunos días después. Caminando muy de prisa, no pudo hallarse allí antes del 29, por lo cual no se puede suponer para la carta una fecha más reciente, puesto que se dice que Mr. de Tournón debía entregarla. Llegado el 29, vió que el emperador no tenía noticias, pues no habiendo escrito Murat el 22 ni el 23, Napoleón hubo de pasar dos días sin recibir cartas, y debieron ser el 28, el 29 ó el 30, en que se contestaba á las del 22 y 23 á causa del tiempo que se necesitaba entonces para el trayecto de Madrid á París. Por eso no hay ninguna carta del emperador ni el 28 ni el 29, excepto la de que hablamos. Mr. de Tournón, hallando al emperador inquieto, como se está siempre cuando se carece de noticias en los acontecimientos graves, cual lo eran entonces, puesto que Murat debía hallarse á las puertas de Madrid dispuesto á entrar, Mr. de Tournón, decimos, debió ejercer gran influencia en el ánimo de Napoleón, excitándole á escribir dicha carta. Napoleón le encargó naturalmente que la entregase, pues era en cierto modo su obra. La frase: *Mr. de Tournón os entregará esta carta*, la relaciona con aquél, y las opiniones personales de éste hacen más evidente aún la relación. Por otra parte las fechas concuerdan para colocar esta consecuencia momentánea de Napoleón consigo mismo precisamente en los dos días en que estuvo sin noticias, después de tener la del movimiento de Murat sobre Madrid. Por último, al recibir el 30 la carta del 24, en la cual le decía que todo se había efectuado felizmente, Napoleón volvió á sus ideas acostumbradas, aprobólo todo, recogió la carta, ó prohibió á Mr. de Tournón

entregarla, ó envió en busca suya para decirle que no la diese, porque las cosas habían cambiado. De todos modos, lo cierto es que no se entregó, pues Murat no habla de ella, aunque sabría por las palabras de Mr. de Tournón que el emperador había estado momentáneamente descontento de él.

Lo positivo es que entre el 24 de marzo y el 4 de abril, por la noche, Mr. de Tournón fué de Burgos á París y de aquí á Madrid, lo cual supone que no se detuvo un momento, y que estaba en París el 29, el día mismo en que hizo mudar de parecer al emperador, induciéndole á escribir la carta de que hablamos. Todo se explica entonces según vemos; y la frase en que se dice que Mr. de Tournón entregará la carta, relacionándola con él, me ha permitido, buscando sus opiniones personales y comprobando fechas, esclarecerlo todo.

Ahora bien, lo que yo ignoro es cómo esta carta, que no se halla en la secretaría de Estado, ha llegado á tener publicidad. Mr. de Tournón ha muerto, y también el señor Las Casas, que primeramente la imprimió. Es posible que este último la recibiera de Napoleón, en prueba de que no se había engañado completamente sobre los sucesos de España. Puede ser también que se obtuviera por algún depositario desconocido, que hoy no se puede encontrar ya, pero el estilo y ciertos pormenores prueban de una manera incontestable que la carta no ha sido inventada. Otros detalles igualmente auténticos demuestran que no se entregó. Las opiniones reconocidas de Mr. de Tournón y el hecho de haberle confiado el escrito, prueban que fué cosa suya; las fechas indican que la carta se escribió en un momento que debió ser para Napoleón de grandes inquietudes, y así se explica la aparente contradicción. Napoleón, vacilando un instante, dictó las contraórdenes contenidas en aquella carta: después, tranquilizado por la noticia de la feliz entrada en Madrid, volvió á sus primeros proyectos, y no dió curso á una carta, encontrada más tarde, de la cual se ha querido hacer una justificación. Sólo prueba una cosa, y es que el espíritu del emperador le iluminaba siempre, mientras que sus pasiones le arrastraban á menudo, y que mejor hubiera hecho en guiarse por el uno que por las otras. He creído que este punto histórico era importante para el estudio del corazón humano, y espero que el público concienzudo reconocerá que para obtener la verdad me he dedicado á un trabajo que los historiadores no suelen emprender comunmente, prescindiendo de que tenía documentos que ellos tampoco suelen poseer.